

UNA SEMBLANZA DE MENENDEZ Y PELAYO, POR «CLARIN»

En este país nuestro, de extremismos, que lucha contra el mundo en guerras religiosas y raciales o contra sí propio en guerras civiles; que convierte pueblos a la fe o se encierra en su mística; que se derrama por el Universo, conquistándolo en mil empresas o se simboliza en El Escorial íntegramente; en este país nuestro, digo, que es así y así tenemos que comprenderlo y amarlo o así, también han de no entenderlo y odiarlo, toda avenencia, entre un polo y otro, no hallará nunca la amplitud máxima ecuatorial que fuera cristianamente de desear, pero tampoco, por fortuna, la tibieza que Cristo condena a ser arrojada de la boca.

No hay que insistir, naturalmente, sobre ello. Nuestro poeta más representativo de todos los tiempos, Lope de Vega, “tan de veras español”, como él se decía, hubo de escribir —coincidiendo con el sentir de su nación, a la sazón dominadora del mundo—, estas palabras en que se arrancaba del alma una confesión sincerísima: “Yo nací en dos extremos, que son amar y aborrecer: no he tenido medio jamás”.

Y estas mismas palabras pudieran reflejar el espíritu popular español —el que, al fin, para bien o para mal, pesa en la Historia y el Destino de un país— que sólo sabe apasionarse valientemen-

te por las ideas puras, sin penumbra cobarde, sin cesión de lo que en cada caso considera su independencia y su propia dignidad.

Gracias a esta limpia posición de intransigencia, incluso con nosotros mismos, noble y difícil, hemos dado a nuestra religión, a nuestra historia, a nuestra cultura, su firmeza vertebral inquebrantable, que las mantiene intactas a través de los tiempos, aunque presenten, como ahora, tan gran naufragio universal, y nos da capacidad para reaccionar, con vitalidad creciente, como se ha visto tantas veces, cuando el Destino nos lo ha exigido.

Pero a veces, también, por esta posición vital, se quieren asimilar a ella problemas intelectuales o simples temas y personas de nuestra cultura que no requieren esa ardua lucha trascendental, ni cesiones mutuas para resolverse o aunarse, sino serena comprensión, para llegar a su exacto valor cuando, por diferentes rutas, se va a una meta misma.

Este es el caso de "Clarín" y de Menéndez y Pelayo, en manos, sino en pies, de algunos de sus críticos.

Antagónicos ambos escritores en infinitos y fundamentales aspectos ideológicos, pero coincidentes, asimismo, en uno primordial —la creación de una obra original, superior a la de sus coetáneos—, se ha querido enfrentarlos, aun después de muertos, con la incomprensión mutua de sus seguidores en aquellos aspectos contrarios, que no pueden hallar armonía entre sí, ajenos a ambos autores, sin la existencia de una obra preeminente como cada uno de ellos.

Ya en otra ocasión procuré señalar con exactitud las posiciones respectivas de "Clarín" y Menéndez y Pelayo en sus relaciones puramente intelectuales —al cabo, las perdurables, por fortuna— que resumí así (1).

Unidos Menéndez y Pelayo y "Clarín" por estrecha amistad:

(1) *Epistolario a "Clarín"* (Menéndez y Pelayo, Unamuno, Palacio Valdés). En *Revista de Filología Española*, (T. XXV, 1941, págs. 405-418). Pág. 405.

nacida en su convivencia universitaria, tuvieron mutuamente la comprensión de cada uno que sólo pueden sentir quienes, apartados de la política, como de un accidente o incidente peligroso, dedican íntegra su vida al trabajo intelectual. D. Marcelino, antiliberal, coincidía, sin embargo, con el liberalismo de Alas en punto tan delicado y vidrioso como la pedagogía, y “Clarín” fué el que consiguió que Menéndez y Pelayo representara, como senador, a la Universidad de Oviedo: venciendo entre ambos a los de la Institución Libre de Enseñanza, sometidos “a la pedantesca tutela de Giner”, considerados por los dos amigos como “el mayor obstáculo para el progreso intelectual de España”. E igual se hubieran opuesto, sin duda, de común acuerdo, frente a cualquier otra secta del campo contrario, que, con manifiesta inferioridad científica y con turbios manejos, hubiera intentado encaminar más o menos la intelectualidad del país, por medios doctrinales o materiales.

Con razón se ha escrito recientemente (2) que “en todo el epistolario de “Clarín”, la adhesión más constante es para Menéndez y Pelayo; le mima; todas sus cartas reflejan devoción, aun en momentos de discrepancias y disgustos pasajeros.

Pero no solamente en la intimidad de un epistolario, nunca concebido para ser impreso, sino a los cuatro vientos, con la difusión de la letra impresa y la clara independenciam que valerosamente animó siempre la pluma de “Clarín”, admiró el magnífico escritor asturiano al gran polígrafo montañés.

(2) “Clarín”, *Menéndez Pelayo y Unamuno*, por Emilio Salcedo. En *Insula*. Madrid (n.º 76, pág. 5). Este artículo, agudo y bien escrito, emite, sin embargo, algún juicio que sería imposible mantener seriamente. Suponen, por ejemplo, que Menéndez y Pelayo no hizo sino “derrochar su genio en la construcción de catálogos, que eso son sus libros”, no revela a un lector asiduo ni aun superficial del sabio montañés. Mucho más que eso y más trascendental hay en la obra de don Marcelino —se mire hostil o acogedoramente, pero con claridad— como ha demostrado su influencia en el pensamiento de un sector español bien definido y reconoce, en textos que reproduzco, el propio “Clarín”, libre de sectarismos.

En el primero de sus curiosísimos *Folletos literarios* —tan llenos de juicios penetrantes y de originales sugerencias— titulado *Un viaje a Madrid* (3), “Clarín” hace una semblanza de Menéndez y Pelayo, breve, pero tan exacta y comprensiva, que es imposible resistir a la tentación de comentarla y difundirla, sacándola del olvido, con preferencia a cualquier otro texto semejante.

“Clarín”, en uno de sus viajes a Madrid no menos peligroso para su espíritu puro que para la ingenua vejez de la protagonista de *Doña Berta*, su maravillosa novela, *descubre* a don Marcelino en el Hotel de las Cuatro Naciones, donde se hospeda, en la madrileñísima calle del Arenal.

He aquí la descripción, verdaderamente fotográfica, que de él nos hace y en la cual Menéndez y Pelayo no aparece tan deleitante “gourmet”, como en tiempos posteriores, cuando victorioso en su lucha por un vivir y una ciencia españoles, pudo remansarse de tanta velocidad:

“Son las doce del día. El comedor está en el piso bajo, casi en la calle; coches y carros ruedan a pocos pasos con estrépito horrísono, haciendo temblar los cristales; los revendedores ambulantes gritan sin freno; los chiquillos alborotan, pregonando periódicos; el ruido es como si se estuviera en medio de la calle del Arenal. Junto a una columna de hierro, con la puerta de la calle a un metro de la espalda, sin sentir el frío que entra por aquella boca abierta constantemente, Marcelino Menéndez Pelayo, almuerza deprisa y corriendo, al mismo tiempo lee un libro nuevo, intonso, que él va cortando con su cuchillo. Entran y salen comisionistas franceses, italianos y alemanes, principal elemento de esta fonda; algunos candidatos (no podía menos) a la diputación a Cortes; y en medio de la confusión y el estré-

(3) Madrid, 1886 (págs. 22-30). Es de lamentar que no haya sido reimpresa la colección de estos ocho folletos, ya muy difícil de reunir, por ser algunos sumamente raros, pues en ella se contienen varios de los buenos y duraderos escritos de “Clarín”.

pito, él estudia y medita como pudiera hacerlo un asceta en la Tebaida. De vez en cuando levanta los ojos, suspende la lectura y la comida para deglutir un bocado y digerir una idea; sonríe, pero no es al comisionista inglés que tiene enfrente, sino a los pensamientos que le bullen a él mismo en el cerebro”.

Recuerda “Clarín” a continuación, a vista de este espectáculo, cómo años antes “el sabio menor de edad”, no gozaba de buena salud —sin duda las vigiliass y el esfuerzo de sus primeros estudios y las oposiciones— pero cómo, más que el tratamiento médico, fue “su propia voluntad, que es de hierro”, quien se impuso y “decidió tener salud completa”, consiguiendo fortalecerse en absoluto como era imprescindible para llevar a cabo felizmente sus agotadores trabajos.

Con igual humorismo supone que don Marcelino, el gran distraído, o, mejor, el gran abstraído, vino a parar a tan ruidoso hotel porque fue el primero que le ofrecerían, según Pérez Galdós, cuando llegó de Santander.

No importa a Menéndez y Pelayo una fonda u otra; tranquila o agitada; lujosa o pobre. “El lujo, la grandeza y la paz silenciosa —comenta “Clarín”, con gracia— los lleva Marcelino en el alma” y nada es capaz de perturbar “su pensamiento tranquilo”.

Censura “Clarín” a quienes no pudiendo negar los profundos conocimientos que del pasado tenía Menéndez y Pelayo, procuraban, para su consuelo de envidiosos, presentarlo piadosamente, como “un oscurantista que no sabe nada de los estudios contemporáneos y que desprecia los descubrimientos del día...” Para Alas, cuyos méritos literarios no necesitaban acrecentarse disminuyendo los de los demás, D. Marcelino conocía “lo nuevo como lo antiguo” y el pensamiento contemporáneo “al dedillo”, pero por tener “pensamiento propio” y “talento original y fuerte”, no se siente perturbado por aquél.

Y, más adelante, recalca, casi con violencia, anhelante de persuadir a los detractores, estas razones irrefutables:

“Sí, dígase alto, para que lo oigan todos. Menéndez Pelayo comprende y siente lo moderno con la misma perspicacia y grandeza que la antigüedad y la Edad Media; su espíritu es digno hermano de los grandes críticos y de los grandes historiadores modernos, él sabe hacer lo que hacen los Sainte-Beuve y los Planche, y resucita tiempos como los resucitan los Mommsen y los Duncker, los Taine y los Thierry, los Macaulay y los Thaylor”.

“Menéndez Pelayo —añade con justicia— lleva en el alma todas las raíces del espíritu español...” Por ello, no es para el insigne escritor asturiano como “uno de esos muchachos aplicados, espíritus incoloros, ánimos de cera que han nacido para ser secretarios, para repetir ideas o frases”, entonces al uso y ahora también, que han de llevar servilmente en los labios un “don Fulano” siempre, para justificar su existencia en el mundo intelectual o universitario y han de tratar al tal de “el maestro”, aunque nada les enseñó, por temor de que alguno, sabiendo los servicios, a veces manuales que le ha prestado, no le pregunte por “el señor”.

“Clarín” se sentía al saludar a Menéndez y Pelayo, no sólo como cuando ase “un náufrago una tabla”, sino que junto a él, junto a su “alma hospitalaria” —así había de llamar don Marcelino a la de otro en cierta ocasión— se olvidaba del triste y angustioso mundo que le había estado rodeando hasta aquel momento y le esperaba después; “la marejada de ideas fugaces, de convicciones efímeras, confusas, contradictorias, insípidas o deletéreas, vaivén inconsciente que la moda y otras influencias irracionales traen y llevan por los espíritus débiles de tantos y tantos que se creen librepensadores, cuando no son más que fonógrafos que repiten palabras que no tienen verdadera conciencia”.

¡Qué espléndido retrato de don Marcelino sigue a estas viriles palabras, que aprovecha el propio “Clarín” para trazar el suyo, no menos espléndido también! Parecen ambos dos espejos, separados por una gran distancia, ciertamente, pero reflejándo-

se uno al otro con luminosa claridad, coincidente en la misma luz sincera de humanidad y de ciencia.

“Aquel espíritu noble y bien educado, clásicamente cristiano, cristianamente artístico, era como un asilo para quien, como yo, flaco de memoria, de voluntad y entendimiento, tiene, por tener algo bueno, un entusiasmo histérico, tembloroso, por la virtud y la belleza, por la verdad y la energía, entusiasmo que unas veces se manifiesta con alabanzas del ingenio y de la fuerza, y otras con reirme a carcajadas, que algunos toman por insultos, de la necedad vanidosa, de la importancia gárrula y desfachata-da, de la envidia mañosa y dañina...”.

Exactamente, ¡qué bien se transparenta en este autorretrato el alma de “Clarín”!

Aquí está el verdadero sentir y la razón de su coincidencia con Menéndez y Pelayo: no menos sincero en sus opiniones (4), aunque más prudente para darlas a la imprenta.

Los enemigos de “Clarín”, que naturalmente los tuvo del tipo que todos sabemos (5), fueran de un campo o del otro, del suyo o del de enfrente, no le perdonaron nunca la franca independencia de opinión, verdadera libertad individual que no son capaces de tener muchos que claman por una libertad abstracta, en la

(4) Cfr. Salcedo: *art. cit.*, donde se recogen algunos desenfadados y certeros juicios de Menéndez y Pelayo que bastan para probar lo dicho. Otros muchos pueden verse en todo el texto de su epistolario, singularmente en sus cartas a don Juan Valera, con quien, como es sabido, le unió una íntima y cordial amistad, que tampoco entibiaron nunca sus diferentes posiciones ideológicas.

(5) Acabo de dedicar por deuda a *los enemigos*, especialmente literarios, uno de mis ensayos que integrarán *El envés de las letras*, próximo a aparecer. (Cfr. *Cuadernos de Literatura*. T. VIII, 1950, págs. 5-30).

El propio “Clarín” en el folleto aludido dedica unos párrafos a los enemigos literarios, en que no difiere mucho su opinión de la mía, y ambas no poco de las de Francisco Casares en un artículo suyo *Los enemigos “sin saber por qué”*, recientemente publicado. (En Hoja Oficial del Lunes. Madrid 10 de marzo de 1952, página 6). No dejaría de ser curioso estudio el de los enemigos literarios a través de los tiempos desde el punto de vista psicológico de su resentimiento.

que no harían sino cambiar de antifaz o de caretón acartonado —según su habilidad— para seguir de esclavos de sus mismas miserables conveniencias. Que para ser uno señor de sí mismo, no hace falta ningún régimen político especial, sino renunciar a lo que la dignidad propia rechaza y mantener la razón hasta el punto de un Santo Domingo de Silos o un Calvo Sotelo, a quienes lo más que podían quitarles era la vida, para ellos bien poca cosa ante su alma inmortal.

Es “Clarín”, asimismo, quien en esta ponderada semblanza de don Marcelino, valora inteligentísimamente, con toda su perspicacia crítica, en tal caso no afectada por las pasiones, los méritos del gran investigador e historiador de la literatura.

No es Menéndez y Pelayo para Alas, el ciego acarreador de materiales bibliográficos o documentales, como muchos de entonces, retóricos y huecos —hoy sensibleros y camelistas— le querrían, para oscurecerle y que se percibieran sus débiles rayos de luz junto a él, luminaria gigantesca. Es también y en mayor grado un gran artista, un extraordinario artista, cuya suma elegancia espiritual sabe dar a aquellos inertes materiales, sabiamente escogidos, la vida que los eleva de nuevo a prodigioso edificio del pensamiento del pasado.

El párrafo de Alas es rotundo y certero como todos los suyos:

“En Menéndez Pelayo lo primero no es la erudición, con ser ésta asombrosa; vale más todavía el buen gusto, el criterio fuerte y seguro y más amplio cada día y siempre más de lo que piensan muchos”. Y con asombrosa penetración escruta el alma del joven sabio y el equilibrio de su ideología, lejos, sin embargo, de toda simulación, que le permite desplegar sus condiciones inigualadas para la crítica histórica y su temperamento señero entre sus coetáneos: “Marcelino no se parece a ningún joven de su generación; no se parece a los que brillan en las filas liberales, porque respeta y ama cosas distintas; no se parece a los que siguen el lábaro católico, porque es superior a todos ellos con mucho, y es católico de otra manera y por otras cau-

sas. Hay en sus facultades un equilibrio de tal belleza que encanta el trato de este sabio, cuyo corazón nada ha perdido ni de la frescura entre el polvo de las bibliotecas: Menéndez va a los manuscritos no a descubrir motivos para la vanidad del bibliógrafo, sino a resucitar hombres y edades; en todo códice hay para él un palimpsesto, cuyos caracteres borrados renueva él con los reactivos de una imaginación poderosa y de un juicio perspicaz y seguro. Tiene, como decía Valera, extraordinaria facilidad y felicidad para descubrir monumentos: es sagaz y afortunado en esta tarea que no es de ratones cuando los eruditos no son tontos”.

¡Estupendas palabras estas de “Clarín” aplicadas a Menéndez y Pelayo, que trazan, con fina línea, su contorno de historiador! Y de pervivente eficacia aun, en estos tiempos, en que muchos que nada han creado —o, lo que es peor, son padres tardíos de un hijo enclenque— aparentan burlarse de la erudición que, como el don creador de la originalidad, nunca poseyeron ni poseerán, más allá de sus artilugios teatrales, por deslumbrar a unos ignorantes como ellos.

Así puede juzgar el propio “Clarín”, refiriéndose a la gran obra primera de don Marcelino, que entonces andaba en sus manos, la *Historia de las Ideas Estéticas en España*: “No creo que se haya escrito en castellano acerca de esta materia, con la originalidad y fuerza de Menéndez, trabajo alguno”. Y añade más adelante con la indignación que provocó en “Clarín” siempre la injusticia, más que al profesor de Derecho, a su delicada alma de artista, temblorosa de sensibilidad, como él mismo la percibía: “A pesar de todo, los periódicos no han hablado de este trabajo asombroso de nuestro gran crítico... Otra cosa será que el día de mañana muchos escritores al minuto se den aire de sabios, copiando atropelladamente el caudal de datos perfectamente escogidos, que reunió el profesor de la Central, con tan copiosos sudores”.

“Clarín”, este “Clarín” vital y sincero de fuerte alma de acero y acerada expresión aguzada, concluye la semblanza de Menén-

dez y Pelayo con un gracioso rasgo sobre su ya famosa lectura, inagotable, casi mítica, que ha dado lugar a tanta anécdota: “Porque Menéndez lee todo, absolutamente todo lo que dice haber leído. ¡Es esto más pasmoso que toda su erudición y todo su talento!”... “¿Cómo puede ser esto? ¿Cuándo lee tanto Marcelino? Que estudia mientras come, ya lo sabemos; pero esto no basta. El problema no tiene solución si no admitimos también que lee mientras duerme. Sí, lee mientras duerme, así como tantos y tantos lectores, y algunos críticos, duermen mientras leen”.

Me ha parecido que completaría bien el perfil crítico y aun psicológico de “Clarín”, en el centenario de su nacimiento, el comentario de esta semblanza suya de Menéndez y Pelayo, que en muchos aspectos, no ha perdido su actualidad, según lo confirman los mismos comentarios que leyéndola se vienen a la pluma.

Ella puede mostrarnos mejor que nada la mutua comprensión de los dos grandes críticos literarios del siglo XIX, y su desinteresada posición ante la ciencia pura, desentendiéndose felizmente de todo lo transitorio de su época, que pudiera entenebreecer o desequilibrar la clara visión o la ponderación exacta.

Creo sinceramente que en estos tiempos nuestros, la lección que “Clarín” da, con Menéndez y Pelayo, en la semblanza comentada, debe recordarse, por su espíritu cristiano y científico, sobre todo para quienes, por cerrilidad y miseria mental, no ven en “Clarín” o en Menéndez y Pelayo, ya en la serena paz de la muerte, lo transitorio de su ideología —admitamos la existencia de cualquier posición, en gracia a la firmeza de la nuestra— y la permanencia de su obra a través de los tiempos, ni ven, cuando les conviene, la ideología, contraria a la que se adjudican, en sus coetáneos, sin que tengan, ni por sueños, la obra de un “Clarín” o de un Menéndez y Pelayo, ya inmortales, por encima de los odios y los errores de quienes acaso no entendieron ni al uno ni al otro.

JOAQUIN DE ENTRAMBASAGUAS